



Capítulo 443: No toques nada que no sepas.

El suelo de la Selva Negra en el Fin del Mundo parecía moverse bajo sus pies a cada paso. Había una inquietud palpable en el aire —no del tipo que presagia un peligro inmediato, sino esa incomodidad casi primaria de alguien que pisa un territorio que nunca debería haber sido tocado.

Vergil caminaba con pasos firmes, aunque el entorno que lo rodeaba era todo menos estable. Los árboles se doblaban de maneras que desafiaban la lógica física; sus ramas parecían estirarse cuando no estaban siendo vigiladas. Algunas flores se abrieron sólo cuando estaba de espaldas, dejando escapar un sonido suave, casi como un suspiro.

El cielo era invisible. El dosel cerrado de hojas negras y lilas bloqueaba cualquier indicio de dirección. Era como caminar en el útero de algo antiguo, vivo... y hambriento.

"¿Estamos caminando en círculos?" Virgilio preguntó, sin darse la vuelta, con la voz más irritada que cansada.

La serpiente blanca alrededor de su cuello se movía ligeramente, como si bostezara—o simplemente fingiera ser perezosa.

"Probablemente", respondió Zuri, con su voz silbando dentro de su mente como un pensamiento invasivo. - ¿Pero aún no lo entiendes? Aquí, los círculos a veces conducen al centro. "El bosque tiene mente propia"

Vergil resopló y levantó la mano, observando el cristal negro pulsando con un tenue brillo interior —la "piedra" que Selene le había dado con enigmáticas instrucciones. Colóquelo en el centro. Simple. Demasiado simple.



"Esta piedra. ¿Es realmente tan importante?" Preguntó, sin ocultar su escepticismo. "¿De verdad crees que vale la pena correr el riesgo de cruzar un bosque viviente con un antiguo complejo laberíntico, solo para meterlo en algún lugar místico que nadie puede encontrar sin volverse loco primero?"

Zuri no respondió de inmediato. Ella simplemente se deslizó un poco más por su clavícula, sus ojos verdes se iluminaron desde adentro.

"Haz lo que esa mujer te pidió", dijo finalmente. "Ella rara vez pregunta. Y cuando lo hace... es porque algo se derrumbará si no se hace."

"Maravilloso." Vergil deslizó la piedra nuevamente dentro del bolsillo interior de su túnica. "Otro martes infernal en la agenda."

El silencio volvió a envolverlos, pero no era un silencio natural. Era denso. Presurizado. Lleno de suspiros lejanos, el crujido de ramas intactas y hojas susurrándose unas a otras en idiomas muertos.

Después de unos minutos de caminata, Vergil se detuvo. La sensación de ser observado se había intensificado. No era sólo paranoia—ya no. Sus instintos guerreros, perfeccionados en guerras, masacres y batallas contra entidades cósmicas, no mentían.

Se giró rápidamente y sus ojos se fijaron en la oscuridad entre dos árboles grotescamente retorcidos.

Nada.

Zuri no dijo una palabra, pero sintió que su cuerpo se ponía rígido. Ella también lo sintió. Algo los estaba observando.



Vergil se quedó quieto por un momento, luego continuó caminando, ahora más lentamente, como si desafiara al perseguidor a acercarse.

Y luego... ahí estaba de nuevo.

La mirada. No como el de un depredador hambriento. Fue más... curioso. Intenso. Como los ojos de un par de niños conteniendo la respiración, tratando de no ser notados.

Esta vez, Virgilio no se dio la vuelta. En lugar de eso, cerró los ojos. Respiró profundamente. El aire estaba cargado de maná crudo y primitivo —difícil de absorber, pero embriagador cuando se entiende.

Con un solo movimiento, concentró su energía en el centro de su pecho y la expandió hasta convertirla en una onda invisible.



Su aura se extendió como un rayo silencioso, tocando árboles, hojas, raíces, sombras... y algo más.

Un destello de conciencia. Pequeño. Rápido. Pero real.

Virgilio abrió los ojos y miró hacia el este, donde los árboles parecían inclinarse hacia un vacío que no debería haber estado allí. Y allí, entre dos enormes raíces, estaba la criatura.

Pequeño, no más grande que un conejo, con piel pálida, casi translúcida. Sus ojos eran demasiado grandes para su rostro y brillaban con una luz lechosa. Tenía orejas largas dobladas hacia atrás y sus patas se movían como las de un ciervo, pero su cola estaba bifurcada como la de una serpiente.



La criatura no huyó cuando lo vio. Simplemente lo miró. Curioso. Como si intentara comprender lo que era.

Zuri estiró ligeramente la cabeza para verlo también. Su cuerpo contrajo un escalofrío involuntario.

"No lo toques", susurró en la mente de Virgilio. "No te acerques demasiado."

"¿Por qué?" Virgilio respondió mentalmente, manteniendo la mirada fija en la pequeña criatura.

"Porque los curiosos de este bosque son los que más recuerdan. Ellos ven...y no olvidan. Son los ojos del centro."

Virgilio frunció el ceño.



"¿El bosque tiene espías?"

"Tiene niños. Ese... probablemente nació de la tierra. Crecido a partir de recuerdos, miedos y almas olvidadas. Quiere saber qué eres antes de dejarte profundizar."

La criatura dio un paso adelante. Virgilio permaneció inmóvil. Levantó una de sus patas, como si dudara, y luego retrocedió. Sin embargo, sus ojos todavía estaban fijos en él.

"Si es un niño del centro", dijo Vergil en voz baja, "entonces tal vez el camino no esté tan lejos como pensamos"



"O tal vez el centro se ha fijado en ti... y todavía está decidiendo qué hacer al respecto"

Luego la criatura emitió un sonido. Una pequeña grieta, como el crujido de una hoja seca al romperse. En respuesta, el suelo alrededor de Virgilio se iluminó en un tenue círculo de luz azulada, como un sello revelado después de siglos.

La criatura corrió hacia el bosque y desapareció sin hacer ruido.

Virgilio miró los símbolos que ahora cubrían el suelo a su alrededor —antiguas runas arcanas, algunas las reconoció en textos prohibidos, otras que parecían aún más antiguas.

Zuri suspiró en su mente.

"Felicitaciones. "Has sido marcado."

"¿Es eso algo bueno?"

"Quizás. Quizás sea una invitación. O quizás...una frase."

Virgilio miró hacia el bosque. El camino ahora parecía más claro—un sendero recién formado donde antes solo había niebla.

Se ajustó la túnica, revisó la espada atada a su espalda y sintió el peso de la piedra en su bolsillo.

"La invitación es aceptada", dijo.



Y luego, con Zuri todavía envuelto alrededor de su cuello y los ojos del centro ya perforando su alma, siguió el sendero abierto... hacia el corazón del bosque.

El camino recién formado era estrecho, bordeado de raíces retorcidas y hojas que susurraban secretos en lenguas muertas. Virgilio siguió caminando sin dudarlo, con los ojos atentos a cada variación de color, a cada ruido que parecía antinatural—o demasiado natural, como si el bosque intentara parecer amigable.

Zuri ahora estaba en silencio, envuelto alrededor de su cuello como un collar viviente. Su presencia era reconfortante, pero también tensa — como si incluso ella contuviera la respiración.

Después de unos minutos, la vegetación comenzó a separarse por sí sola. Los árboles retrocedieron, dejando espacio para algo que no debería haber estado allí. Un vacío geométrico dentro del caos orgánico del bosque. Un claro de piedras rotas, musgo antiguo y columnas caídas.

Virgilio se detuvo en el borde y observó. Era una ruina—antigua, circular, con marcas de civilizaciones que ya ni siquiera el inframundo recordaba. Le llamó la atención un símbolo grabado en el centro: espirales entrelazadas que forman un ojo con dos pupilas.

Saltó a la arena sin dudarlo.

El sonido de sus pies golpeando el suelo resonó durante un tiempo demasiado extraño para el tamaño del espacio. Era como si estuviera en un anfiteatro olvidado por los dioses.

Miró a su alrededor lentamente. Silencio. Sin movimiento. Sólo piedras caídas, columnas agrietadas y las sombras de los árboles observando como audiencia.



Virgilio caminó hacia el centro, donde una roca ligeramente elevada parecía más reciente que las demás. Sus instintos le advirtieron, pero se acercó. Él se arrodilló. Extendió la mano.

Zuri intervino advirtiendo, pero no dijo nada.

Sus dedos tocaron la fría superficie de la piedra— y el mundo tembló.

Un ruido sordo resonó desde las profundidades. El suelo vibró. Las columnas temblaron. Las grietas de las piedras se expandieron como venas vivas. Y luego, poco a poco, algo empezó a levantarse del suelo.

Primero fue una mano—hecha de piedra negra viva, marcada con inscripciones que brillaban en rojo. Luego el otro brazo. El pecho. La cabeza. Una figura colosal se levantó, emergiendo de las ruinas como una tumba que se abre para arrojar a su guardián.

Un antiguo golem, de al menos quince pies de altura, hecho de fragmentos unidos por la magia y el odio. Sus ojos, dos rendijas brillantes, miraban a Virgilio con juicio silencioso.

Zuri estiró la cabeza sobre el hombro de Vergil.

"Primera regla de un bosque antiguo con vida propia. No toques ninguna mierda que veas."

"Sí. "Lo entiendo."



El golem se movió, sus pasos sacudieron la tierra. En su mano izquierda apareció una hoja de cristal áspero e irregular, como si hubiera sido arrancada de una montaña y forjada con puro instinto asesino.

Virgilio dejó escapar un suspiro cansado. Miró fijamente a la criatura y alcanzó la empuñadura de la espada que tenía en la espalda.

"Sólo quería poner una piedra en algún lugar. Pero no, por supuesto que tiene que ser así."

El golem rugió. No es un sonido de su garganta—sino el ruido de rocas rompiéndose, de placas tectónicas chocando. Un sonido que vino del corazón de la tierra.

Vergil se rompió el cuello hacia un lado, flexionando los dedos.

"Bien. Hagámoslo de la manera difícil."

Desapareció en un instante.

El golem se movió en el mismo instante, retorciendo su cuerpo con una velocidad incompatible con su tamaño. Su colosal hoja pasó a centímetros de donde había estado Virgilio segundos antes. Virgilio apareció detrás de él, con su espada ya desenvainada en un corte rápido.

El metal se encontró con la piedra... y rebotó.

Vergil dio un paso atrás, con los ojos medio cerrados. "Duro, ¿eh?"



"Es el guardián de un centro al que nadie ha llegado en siglos. ¿Pensabas que cortaría como mantequilla? Zuri comentó, como si fuera obvio.

El golem golpeó el suelo con el puño. Una ola de energía gris se extendió como grietas por la arena, obligando a Vergil a saltar hacia atrás.

"Si está hecho de magia antigua..." Virgilio murmuró, haciendo girar su espada entre sus dedos: "...entonces tal vez la fuerza no sea la respuesta"

Corrió de nuevo, pero esta vez no para atacar directamente. En lugar de eso, rodeó el golem, analizando las runas que brillaban sobre sus hombros y espalda. Formaron un patrón. Un sello.

Zuri también lo notó. "Allí. Hombro derecho. 'El centro de control.'



Virgilio avanzó. Saltó, girando en el aire, y cayó con un golpe preciso. La hoja no estaba destinada a destruir—sino a desbloquear.

Cuando golpeó el lugar, la runa brilló intensamente... y el golem se congeló por un segundo. Luego emitió un segundo rugido —esta vez, de tono más alto. Un sonido de dolor.

Fue herido.

Virgilio sonrió levemente. "Ah, ahora estamos hablando."